

Mil vidas más

Texto y foto | **Albert Solé Bruset** [*Periodista y cineasta*]

Mi padre solía decir que llegado a una cierta edad todo el mundo debería escribir sus memorias. Lo decía desde mucho antes de escribir el primer tomo de las suyas, un esfuerzo agotador vista la cantidad de experiencias que se acumulan en 70 años de vida, y más cuando se ha pasado de panadero de pueblo a padre de la Constitución y ministro, como es su caso. Desgraciadamente no tuvo tiempo de escribir el segundo tomo porque todo ese caudal de vivencias se perdió entre las tinieblas del alzhéimer que acabaría borrando su prodigiosa memoria. Me atrevería a decir que había tenido la intuición de que el tiempo se le agotaba, y había decidido ordenar su particular álbum de fotos y ponerlo a disposición de todos quienes se han querido acercar a él.

Mis abuelos me contaban historias increíbles de los años de penuria, historias que en aquel momento me parecían batallitas del pasado y a las que no presté demasiada atención. Luego maldije no haberlas grabado ni almacenado de alguna manera. Por mí, pero sobre todo por mi hija y por los que vendrán después y que nunca conocerán estas historias de primera mano. Por eso cuando supe el mal que aquejaba a mi padre no dudé de lo que tenía que hacer. Así nació "Bucarest la memoria perdida", la película en que intenté poner en orden los recuerdos de toda una vida, la de mi padre, y por consiguiente, una parte importante de la mía propia.

Cuando mi padre empezó a olvidar, nosotros nos pusimos a recordar. A todos nos cuesta hurgar en episodios remotos, recuerdos que hemos encasillado, etiquetado y que no siempre queremos volver a abrir. Sin embargo, una vez superados los miedos a explicarnos cosas tanto tiempo enterradas, puedo decir que el proceso fue sanador para toda la familia, una auténtica catarsis. Una vez abierta la caja de Pandora, ya no pudimos parar. Pasamos noches y noches y, de hecho, aún seguimos explicándonos mil y una historias tanto tiempo enterradas bajo el manto de la incomunicación intergeneracional. Era todo tan apasionante que empecé a querer ir más lejos: necesitaba entender cómo funciona ese laberinto de muros y atajos, de recuerdos y amnesias voluntarias que llamamos memoria. Y, claro, descubrí su dimensión emocional: disponemos los recuerdos de manera que, asociados a emociones concretas en un todo, se convierten en la narración subjetiva de la propia existencia.

Seguí indagando. Descubrí que a mi alrededor flotaban historias de vida impresionantes que se extinguían entre la indiferencia y el olvido. Pero, sobre todo, descubrí escalas de valores forjados en circunstancias que costaban de entender desde mi generación. El escritor Ma-

nuel Vázquez Montalbán decía que cada generación tensa su musculatura en función de los tiempos que le ha tocado vivir. Sinceramente, después de mirar las vidas de las generaciones que me precedieron tuve la sensación de que la musculatura de la mía estaba un poco flácida. Aunque, quién sabe, quizá los jóvenes del futuro tendrán la misma sensación respecto a mi generación.

Mi trabajo con la memoria, lo confieso, se ha acabado convirtiendo en un ejercicio adictivo. Escucho la historia de mi vecino, que ahora tiene 90 años, y me sumerjo en su mundo. Así me he permitido hurgar en otras vidas apasionantes como la del luchador antifranquista Miguel Núñez, un humanista con una fe inquebrantable en la justicia social. Desde un punto de vista filosófico, cada vida que desaparece sin haber transmitido el conocimiento acumulado es una tragedia para las generaciones siguientes. Estoy firmemente convencido de que sin conocer bien el pasado no podemos diseñar el futuro. Lo expresa bien el gran poeta Marcos Ana en la película sobre Miguel Núñez, "Al final de la escapada", cuando dice: "Pasar página sí, pero después de haberla leído". Esta afirmación es aplicable a todas las memorias, la personal y la colectiva y justifica por sí sola toda creación artística y literaria sobre el tema.

Además de esta película también se hizo un cómic sobre Núñez y su generación titulado Mil vidas más, las que él y todos quisiéramos vivir si la biología nos lo permitiera. De momento, me contento con saber que si somos capaces de transmitir bien el legado de una generación a la otra, las mil vidas más están garantizadas.



Jordi Solé Tura, uno de los siete padres de la Constitución Española, charla con su hijo Albert Solé, periodista y cineasta.



■ ALBERT SOLÉ BRUSET

Nacido en Bucarest, tiene las nacionalidades húngara, francesa y española. Es licenciado en Ciencias de la Información, ejerció como reportero especializado en temas sociales en varias cadenas de televisión. En 2008 presentó el documental "Bucarest, la memoria perdida" en el que realiza una búsqueda de su propia memoria y la de su padre, Jordi Solé Tura, a quien en 2007 se le diagnosticó la enfermedad de Alzheimer, falleciendo en diciembre de 2009.

En 2010 Albert Solé dirige el documental "Al final de la escapada", sobre la figura de Miguel Núñez González, quien se acogió al programa de sedación paliativa para poner fin a sus días.